

Álvaro del Amo

# Tabú



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Álvaro del Amo, 2016

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2016

© de la imagen de portada, Yolanda del Amo. *Noemí y Joseant*

ISBN: 978-84-15740-31-5

Dep. Legal: P-35/2016

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para Yolanda*

# EL AÑO DE LA RECONCILIACIÓN

## CAPÍTULO PRIMERO

### *2025, el año de la reconciliación, diciembre*

Este 2025, que ahora termina, se recordará como el año de la reconciliación. De la reconciliación del reino animal.

El capítulo primero de una historia que ha avanzado con velocidad imparable se inició con la llegada del explorador McPherson. La compañía de seguros que patrocinaba la expedición se ocupó de proclamar a los cuatro vientos que el viaje a la Amazonia del científico escocés inyectaría sangre nueva a disciplinas en decadencia. El siglo XXI, al alcanzar la cuarta parte de su recorrido, no parecía contar con ningún rincón por descubrir. De ahí que ciencias como la Geografía, la Antropología, la Cartografía o la Zoología se encontraran en una situación que los catedráticos más prudentes calificaban de «impasse», mientras las voces radicales no dudaban en tildar de obsoletos unos saberes, unos métodos y un corpus enciclopédico agotados por haber cumplido su función.

Cuando McPherson compareció en el programa televisivo *World News for a New World*, emitido desde Sidney al mundo entero, con subtítulos en todos los idiomas en uso, para anunciar su propósito de encontrar, identifi-

car y rescatar un ave desconocida, el escepticismo relampagueó por todo el planeta. ¿Que ese señor con barba blanca y salacot, disfrazado de explorador decimonónico, se iba a la Amazonia en busca de una especie inédita? Pero si apenas quedan unas hectáreas que merezcan el calificativo de bosque desde el canal de Panamá a Tierra de Fuego. ¿No se ha enterado de que se organizan excursiones fluviales donde los turistas se disfrazan de conquistadores y pernoctan en cabañas inspiradas en las descripciones de los antiguos cronistas de Indias? ¿Un ave que no figura en el exhaustivo catálogo que se dio por concluido en 2016? ¿Cómo alguien se atreve a...? ¿Será posible que...? ¡Propaganda, propaganda!

El explorador, que ya contaba con la desconfianza de la comunidad científica y el pesimismo de la opinión pública, no se agotó en largas polémicas, pero sí se ocupó de responder a las perplejidades más impacientes. Y recordó que aún existían tramos del Amazonas libres de la explotación turística, alertó sobre el peligro de negar a priori el descubrimiento de una especie nueva, y ofreció a los expertos en Ornitología una hipótesis que, de momento, los tranquilizó: no cabía descartar el hallazgo de otros ejemplares de «estrucioniformes», aparte de los censados, pues es sabida la capacidad de resistencia de los *Struthio camelus*. Los ornitólogos más prudentes se callaron, mientras que los maliciosos se limitaron a recomendar al público que consultaran los diccionarios. Aumentó el estupor de quienes siguieron el consejo al descubrir que las extrañas palabrejas se referían al nombre de la especie y la formulación científica... ¡del avestruz! Muy famosa ave corredora oriunda de África y Arabia, ¿cómo se le habrá ocurri-

do al McPherson ese, que parece un personaje de novela de Julio Verne, ir a buscarla en Sudamérica?

Nadie volvió a hablar del estrafalario excursionista hasta que, apenas un mes después de su marcha, a mediados de febrero de este 2025 que ahora termina, los telediarrios de medio mundo, alertados por la eficacia de la compañía patrocinadora, retransmitieron en directo el regreso del visionario, desde la villa brasileña de Macapá, en la desembocadura del Amazonas. Un vapor ligero, el mismo que había servido de vehículo a la expedición, emergió de repente entre la niebla del río y a los pocos minutos alcanzó el puerto fluvial. Por la escalerilla, bajó enseguida McPherson, y tras él, sus colaboradores, la media docena de estudiantes de la universidad de Glasgow que le secundaron en su aventura. El sabio escocés saludó, con una leve inclinación de cabeza, al comité de recepción, sonriente al recorrer con la mirada los objetivos de las cámaras que abarrotaban el atracadero. Después, se volvió a la embarcación y accionó el brazo derecho, entre el gesto de presentación de un domador de circo y la reverencia que se dedica a una dama de alcurnia, una señal que produjo un efecto inmediato. Apareció en la proa una figura erguida, que descendió por la escalerilla con la solemnidad y la lentitud de una reina que se acerca a la plebe desde el salón del trono. De menor tamaño que los ejemplares más comunes, con fuertes patas cortas en contraste con unos ojos grandes e inteligentes, llegó junto al viajero un aves-truz que levantó su breve ala para tocarle, produciendo la impresión de que lo tomaba del brazo. El animal no parecía asustado ni inquieto ante la nutrida concurrencia, tranquilo junto al caballero, ambos mostrándose al público

con el sereno empaque de una pareja que comparece para recibir un premio merecido. Tras unos segundos de sorpresa, alguien batió palmas, y el público prorrumpió en un aplauso cerrado, recibido por McPherson y el avestruz con la misma calma confiada, hasta que el científico, adelantando las manos, pidió silencio. El sol había disipado los últimos jirones de niebla y una luz blanca saturaba la escena, expectantes los espectadores ante la declaración del profesor que se acercó a un micrófono para pronunciar las cuatro palabras inglesas que convertirán en histórico este año 2025 que ahora termina.

«This is my wife», dijo McPherson. A continuación, improvisó una rápida y castiza traducción española, que sirvió de titular a cientos de periódicos de habla hispana: «Les presento a mi señora».

Las consecuencias de tan insólita confesión tardaron varias semanas en manifestarse. El anuncio fue reputado de original, estridente, desequilibrado, o humorístico, según los distintos receptores del mensaje. Pero a nadie se le ocurrió tomarlo al pie de la letra, aceptando la seriedad y convicción con que había sido emitido. Se reseñó el éxito de la expedición, el explorador vendió los derechos del relato de su viaje por una suma considerable, las fotos de la pareja en el embarcadero dieron la vuelta al mundo, miles de «blogueros» comentaron el hecho y opinaron sobre sus protagonistas, la comunidad científica se retractó o reafirmó en sus dudas y una revista femenina bautizó al avestruz con el nombre de Mac, en homenaje a su captor y descubridor, y con Mac se quedó.

La historia parecía concluida cuando en un periódico alemán de gran tirada apareció un artículo firmado por el

director del zoo de la ciudad de Berlín. El Herr Professor Friedrich titulaba su demanda con un toque de ironía, como muestra de respeto al explorador, sin ocultar una preocupación muy justificada. «Wo ist Mac?», se preguntaba quien había financiado, junto a la compañía de seguros, un viaje costoso con la condición de recibir a cambio el animal buscado, si es que era encontrado y capturado. Hacía dos meses que habían desembarcado en Macapá y el zoológico berlinés no había recibido el avestruz. «¿Dónde está Mac?», volvía a preguntarse Friedrich, al final de una columna de la que se hicieron eco varios diarios. El más ocurrente, un editorial mexicano que añadía una nueva interrogación. «¿Está haciendo el avestruz el señor McPherson?», indagaba el editorialista, que empezaba su comentario con un «todo se pega menos la guapura».

Nadie adivinó la solución del supuesto enigma, a pesar de su obviedad, una obviedad extraña. El científico triunfador no estaba haciendo el avestruz, sino viviendo con su esposa. Al enterarse del revuelo, McPherson avisó a la BBC, invitándola a filmar un reportaje sobre su vida conyugal. Millones de espectadores del mundo entero se asomaron a la casita donde el hombre y el ave compartían una existencia llamativamente feliz. Desde una isla del archipiélago escocés de las Hébridas, la audiencia asistió a la crónica de una jornada que se iniciaba con el desayuno compartido en el balcón frente al mar y se clausuraba con la puerta cerrándose de la alcoba común, que habíamos visto, al ventilarse por la mañana, provista de una cama y una especie de nido o capacho. La caminata que, después del frugal almuerzo, realizaban juntos el hombre y el ave corredora, se citaría profusamente después como

ejemplo de una armonía, una complicidad, un aprecio y una comunicación, que hasta el momento no habían conocido las especies zoológicas en su trato milenario, articulado en la dualidad macho-hembra. El hombre abrazaba humilde su condición de animal, tantas veces negada, y el animal parecía haber alcanzado, por contagio o mimesis, una cierta racionalidad, oculta a menudo tras la cruda consideración de bestia.

El zoológico berlinés renunció a recibir a Mac. No solo por su inesperada condición de esposa del expedicionario, también por las consecuencias que el reportaje de la BBC produjo de inmediato, tanto en la capital alemana, como en muy variados lugares del planeta.

De la noche a la mañana, desaparecieron los mendigos que pernoctaban precariamente en los aledaños de la estación y bajo algún voladizo del edificio de Europa Center. El corazón de Berlín recuperó de pronto el bullicio confiado y la apariencia despreocupada de sus más famosas y muy lejanas épocas, sin pedigüeños de todas las razas acosando a los transeúntes, ni indigentes abarrotando los bancos de la Kudamm. El alivio de la súbita limpieza pronto se desbarató en un abanico de reacciones con el denominador común del estupor. La voz de alarma salió de una garganta infantil, al descubrir, en la jaula del oso pardo, a un cachorro que parecía más viejo que sus papás. La madre, más pendiente del bebé que transportaba en un carrito que de los comentarios del hermano mayor, tardó unos segundos en comprobar que la supuesta cría era un anciano harapiento con el rostro iluminado por la beatitud. Su rostro tumefacto, afeado por una barba rala, recibía los lengüetazos enérgicos y húmedos de una osa que lo abrazaba con

la ternura de un ama de cría. No era aquel el único pobrete que había encontrado un nuevo hogar. Dos mujeres desgredadas chapoteaban imitando la voz ahogada de las focas en su estanque; un hombre negro dormía profundamente, envuelto en los nudos sedosos de una enorme boa; los chiquillos árabes, que se agotaban en la desairada profesión de abrecoches, se paseaban ufanos sobre el lomo de los elefantes, en una involuntaria imitación de Sabú. No todos los ejemplares de la especie humana habían encontrado cobijo en el reino animal. La cachaba pintada de púrpura decrepita que identificaba al abuelo hindú que tocaba la flauta en el vestíbulo de la estación apareció abandonada junto a la laguna de los caimanes; un aterrado cuidador vio cómo la pareja de panteras negras devoraba a la turca gorda que adelantaba la pandereta como hucha para las limosnas; la chiquilla gitana adoptada por los mandriles acabó muriendo de hambre, pues a nadie se le ocurrió que no le bastaría una dieta diaria de agua y cacahuetes.

La ósmosis, armisticio, encuentro, rencuentro, abrazo, solidaridad, aún no se hablaba de reconciliación, entre el hombre, animal racional, y el resto de las especies zoológicas se expandió, a lo largo de este año 2025 que ahora termina, de un modo imparables, desde el primer ensayo berlinés.

McPherson, varón blanco de 50 años, había calificado de «wife» a Mac, avestruz de edad indefinida. A partir de aquel momento, la composición de la familia humana, en sus diferentes variantes y modalidades, sufrió un cataclismo similar al que debieron someterse un gran número de individuos del reino animal, sobre todo aquellos que mayor trato tenían con hombres y mujeres. Las situaciones

derivadas de la nueva realidad, que antes habrían asustado como propias del delirio de una mente enloquecida o como las imágenes de una angustiada pesadilla, proliferaron tan deprisa que, al llegar la primavera, nadie se extrañaba ya de nada.

En el ámbito doméstico, el poder se distribuyó según una inédita concepción de la jerarquía. El rango dejó de ser una cuestión de raza. El perro que demostraba calma ante la adversidad, sensibilidad ante el débil y resistencia para el trabajo, se convertía automáticamente en padre de familia. El gato vago y caprichoso, incapaz de arrimar el hombro, o el hocico, al carro común, era amonestado, con peligro de expulsión si no se enmendaba. No era raro que el pedido del supermercado lo recibiera la perra que ejercía de madre, mientras la mamá terminaba de pelar las patatas; tampoco extrañaba ya ver a un canario fuera de la jaula corrigiendo con sus gorjeos en Morse la tabla de multiplicar que el niño recitaba sin dejar de observar al pajarillo con el respeto debido a un maestro. Las escenas desagradables proliferaban también. Triste la contemplación del caballero con una correa al cuello paseado por un ufano pekinés, lamentable que un bulldog achacoso deba arrastrar la pesada carga de una silla de ruedas con enorme anciano sentado, confundido el noble can con un motor de tracción delantera.

La nueva situación, que sin duda merecía el calificativo de revolucionaria, había cambiado el paisaje de la ciudad y el aspecto del campo, igual que había transformado la imagen tradicional de la existencia doméstica. Tomar un taxi conducido por un gorila, que la taquillera de un cine fuera una grulla, o que el puesto de profesor de nata-

ción en una piscina pública se le concediera a un hipopótamo por méritos propios pronto dejaron de constituir llamativos disparates para aceptarse como signos inevitables de un tiempo nuevo. Visitar una granja constituía toda una experiencia, indicativa de la profundidad del cambio que estaba viviendo el planeta Tierra. Los huevos dejaron de consumirse por respeto a una inédita modalidad de «nasciturus», del mismo modo que se redujo el consumo de carne de cerdo y vaca, al igual que se prohibió tácitamente la práctica de la caza. La dieta humana renunció a la carne y al pescado, mientras las especies carnívoras conocieron el sacrificio de prescindir de un menú de sangre y hueso para aprender a trepar a los árboles en busca de fruta, reacias al principio a inclinarse sobre la tierra con el fin de arrancar unas hierbas o escarbar en busca de alguna raíz comestible.

La transformación del trato entre el hombre y el animal se ha producido, en este 2025 que ahora termina, a buen ritmo y con un índice de fracasos más bien reducido en ambos bandos. Ciertamente que alguna familia campesina ha sacrificado, esporádicamente, vacas o gansos, igual que una manada de leones hambrientos no ha dejado de zamparse a media aldea. La fiesta de la matanza del cerdo, con su secuela en la fabricación de embutidos, no resulta fácil de erradicar, y no se convence de un día para otro a las aves rapaces de que se contenten con cazar al vuelo algún insecto, una fauna marginada aún de la gran ceremonia de reconciliación.

Porque la llegada del verano ha coincidido con los primeros brotes o barruntos de esta idea. Un artículo de McPherson, difundido en Internet, planteaba abiertamen-

te la cuestión, resumida en la palabra clave. Reconciliación. Al alcanzar la cuarta parte del siglo XXI, el profesor se congratulaba al comprobar cómo el conjunto de seres vivos culminaba un gran acuerdo, un pacto no solo «histórico», se entusiasmaba el explorador, sino también... «¡telúrico!». Ahora que los hombres parecían dispuestos por fin a respetarse, había llegado el momento de tender la mano a los animales, sufridos habitantes de la Tierra, maltratados durante siglos por la especie autoproclamada racional. El alegato de McPherson terminaba con una profecía optimista y un anuncio inquietante.

La profecía optimista empezó a cumplirse después del verano, al comienzo de la temporada política. Sobre el anuncio inquietante será preciso esperar al desenlace de los diferentes embarazos aún en curso.

El pionero fue un pequeño país africano, satisfecho de su recién inaugurada democracia. Uno de los partidos que se presentaba a los primeros comicios, después de una larga historia de pugnas tribales y dictadores que se sucedían tras el correspondiente golpe de estado, incluía entre sus candidatos a una cigarra, como futurible ministra de Economía, y a un leopardo, un lógico candidato a la cartera de Interior. La noticia se recibió en su momento como una anécdota folklórica, simpática expresión del candor de un pueblo analfabeto. Pero otras sociedades, consideradas civilizadas, pronto se sumaron, aquí y allá, al gesto inaugurado por la nación primitiva. Con un claro éxito de los representantes del Reino que el excelente McPherson recomendaba escribir con mayúscula.

Las imágenes difundidas por televisión del flamante Tribunal Supremo norteamericano mostraban una hilera

de figuras de tez oscura, precipitadamente identificadas como muestra del ascenso de las minorías en un país a punto de superar los últimos residuos de prejuicio racial. Pero no se trataba de que los representantes de la máxima magistratura se hubieran elegido entre los negros y chicanos, sino que el estado de Maine había logrado situar en Washington a cinco búfalos, una especie resucitada. En un pueblo italiano, de la comarca de Puglia, la candidatura de los conejos había logrado la alcaldía frente a una coalición de patos y terneros, por un margen estrecho de votos. La reina de Inglaterra, una dama centenaria que había manifestado en su cumpleaños 111 que pensaba vivir el doble que la famosa Queen Victoria, últimamente se mostraba en público abrazada a un perrito muy feo y vivaracho, que un tabloide sacó en portada, preguntándose si sería el heredero del trono. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Antes de que nadie se preocupara por el lenguaje que permitiría la comunicación verbal entre hombres y animales, la velocidad del trato recién inaugurado entre unos y otros ha producido, se diría que de forma natural, una especie de idioma, todavía reacio a someterse a las normas de la semántica, pero muy eficaz como vehículo de intercambio. La humanidad ha descubierto que numerosas palabras de sus distintas lenguas son comprendidas por las demás especies. Y la Zoología comprueba cada día que sus jergas particulares emiten mensajes que una mente racional es capaz de descifrar. Ha resultado que homínidos y bestias compartían sistemas de signos cuya proximidad y empatía se ha manifestado en su esplendor durante este 2025 que ahora termina, y que ya ha sido bautizado como el año de la reconciliación.